

Te doy mi palabra

Inés Temple

Administradora*



“Sí —me dijo— claro que recuerdo que les di mi palabra. ¿Cómo no lo voy a recordar? Sé también que me comprometí a pagar por esos servicios, pero nunca les firmé un papel. Y así las cosas, ¿cómo esperas que le explique a mi jefe que voy a autorizar ese pago, si nada lo sustenta? Tú sabes cómo son las cosas, papelito manda. No me mires con esos ojos de

sorprendida, que no es para tanto. Quizá les pueda pagar algo, pero no esperen más, que mi jefe me va a matar”.

Confieso que estaba muy disgustada, pero logré mantenerme calmada. Enfatiqué que la palabra vale tanto o más que cualquier documento escrito. Que no existe excusa para no cumplirla y que faltarla es, además, faltarle a sí mismo. Que la palabra de un ejecutivo compromete a la empresa y a su imagen. Y le dije que estaba segura de que ellos no querrían tener el ‘honor’ de ser la segunda compañía que in-

“En el Perú hemos dejado atrás el tolerar la ‘criollada’ de quienes no ven más allá de su ganancia inmediata a cualquier costo”

cumpliría lo acordado, entre las casi 600 que han trabajado regularmente con nosotros desde hace 15 años.

Entonces fue él quien abrió los ojos. “¿Cómo va a ser? ¿Confías tanto en la palabra de tus clientes y te cumplen? ¿En qué mundo vives? Imagino que dirás que trabajas con empresas serias y socialmente responsables. Así cualquiera. Nosotros, complicados como estamos, tenemos que cortar gastos por donde se pueda y dejar eso de los formalismos y la responsabilidad social para las vacas gordas”.

¿Diálogo surrealista? Sin duda. ¿Común? ¡Felizmente, no!

Y es que en el Perú, como en todas partes, entre gente seria

la palabra se honra y los acuerdos se respetan, aunque no estén ‘por escrito’. El capital moral y la palabra valen más que cualquier ganancia o ahorro esperados y son la base de la integridad de empresarios, ejecutivos y líderes en quienes depositamos nuestra confianza.

Tanto como el talento y la reputación, la palabra es el pilar del éxito real y moral de cualquier profesional con visión y un mínimo de autoestima personal. Es también, elemento central de la empleabilidad, de la continuidad empresarial y, por supuesto, del éxito en la vida personal.

En el Perú hemos dejado atrás el tolerar la ‘criollada’ de quienes no ven más allá de su ganancia in-

mediata a cualquier costo. Ya nadie está dispuesto a dejarse tomar el pelo por ‘vivitos’ que se sienten por encima de los derechos de los demás. Esas son conductas y actitudes del pasado que escapan de todo código de ética y que no tienen cabida en un mundo de negocios formal e integrado.

Imagino que se preguntarán ¿y cómo acabó la historia? El jefe se enteró de esta actitud frente a sus distintos proveedores (no por nosotros, ciertamente) y le enmendó la plana totalmente. Me imagino el jalón de orejas que debe haber recibido. Pero, ¿habrá aprendido la lección? ■■■

*PRESIDENTA DBM PERÚ Y DBM CHILE.